

Ramiro Ledesma Ramos. Un romanticismo de acero Fernando Márquez

Este libro es el ensayo de un raro (suicida, por más señas, cuya escasa obra se conoce en España después de su muerte —en vida sólo publicó en revistas francesas y belgas, pues se hallaba muy vinculado a los círculos adeptos a Jean Thiriart y completamente desconectado de toda organización española—) sobre otro raro, iniciador y principal motor doctrinal del llamado Nacional/Sindicalismo, y eternamente relegado y subestimado (ya casi como acto reflejo), sean cuales sean los avatares de *lo azul* (quiero recordar que, en el Documento Político elaborado por el Consejo Nacional de FE/JONS del pasado octubre, tuvo que ser un servidor quien propusiese la idea base para la siguiente redacción «intentando hacer una síntesis de los pensamientos políticos de Ramiro Ledesma Ramos y de José Antonio Primo de Rivera, en tanto que principales ideólogos de la Falange...» frente a un primer texto en el que José Antonio aparecía con hipertrofiado protagonismo como la madre del cordero dialéctico falangista.

La verdad es que, sin las profundas bases doctrinales y la actitud existencial de Ramiro Ledesma (desde su primer balbuceos —la novela «El sello de la muerte», escrita a los dieciocho años— hasta sus últimos escritos —el periódico «NUESTRA REVOLUCIÓN», cuyo único número apareció una semana antes del 18/J del 36—), no es posible concebir la existencia de un talante *azul* de ruptura en nuestro país. Es a través del progresivo conocimiento de Ramiro y de sus primeras aventuras políticas (la publicación «LA CONQUISTA DEL ESTADO» y la organización JONS) como José Antonio Primo de Rivera inicia seriamente su concienciación social y patriótica, abandonando el simple rol de hijo del dictador títere de Alfonso XIII y añadiendo a la compañía exclusiva de ultraderechas monárquicas con veleidades fascizantes otras voluntades más dispuestas a la ruptura. Es en la fusión con las JONS como la inicial y mayoritariamente reaccionara Falange Española va adquiriendo de veras su nervio de Tercera Posición. Es con la marcha de Ramiro de FE/JONS, once meses después (uno de cuyos detonantes principales fue la participación de Falange en la represión gubernamental de la insurrección asturiana de octubre del 34 sin que esa participación se recontextualizase en un alzamiento ulterior contra el propio gobierno radical/cedista, sin aclarar a las masas españolas que se había luchado en Asturias contra la insurrección no desde la complicidad con el establishment sino desde la rivalidad entre una línea revolucionaria —la nacional/sindicalista— y otra —la social/libertaria que representaban losa insurrectos con la Alianza Obrera—), como se llega a la máxima radicalidad tanto en el pensamiento de Primo (temeroso a una competencia revolucionaria por parte de los escindidos) como en el de Ledesma (quién, desde sus aventuras postfalangistas de «LA PATRIA LIBRE» y «NUESTRA REVOLUCIÓN» y desde su implacable análisis sobre JONS y Falange, su fusión y su desencuentro —la obra «¿Fascismo en España?»—, rompe del todo con las convenciones fascistas entendidas como coartada *de derechas* y plantea claras transversalidades terceristas con la izquierda revolucionaria —cenetistas, pestañistas, poumistas— negándose hasta el último momento —obviamente escaldado tras la frustrante experiencia de Asturias— a participar en el alzamiento militar de julio por considerarlo contrarrevolucionario).

Si han llegado a existir (en la postguerra y en el postfranquismo, respectivamente) unas Falanges Autónomas y Auténtica, una resistencia hedillista a la mixtificación franquista, una valoración *azul* de nombre y fenómenos como Emmanuel Mounier, el titismo yugoslavo, el peronismo revolucionario argentino o el velasquismo peruano, ello no sería posible sin el peso latente de ese eterno olvidado llamado Ramiro Ledesma.

Y si Falange hoy llega a entender de una puñetera vez que Europa existe no sólo como diana a la cual lanzar exabruptos o que el nacional/comunismo de Ziuganov en Rusia es más afín que enemigo (ya en su momento sería Ledesma quién hablase del «nacional/comunismo» staliniano, anticipándose en varias décadas a las interpretaciones nb hoy en boga entre la disidencia europea de Tercera Posición) o que nombres como Jünger o

Niekisch tienen su sentido para el tercerismo ibérico, será también por la actitud y discurso de Ramiro.

Para entender o empatizar con Ramiro Ledesma, hay que asumir a España desde la angustia revolucionaria, desde el odio irreductible contra la burguesía, desde la falta de respeto total a las coartadas gradualistas, desde un suicidio (un *sello de la muerte*) siempre presente como posibilidad (pero siempre aplazado: aplazamiento que se traduce en activismo radical). Si la grandeza de José Antonio (visto con objetividad crítica y sin histéricas latrías) es la del señorito que trata de redimirse (con no poco éxito) de tal condición, la grandeza de Ramiro es la del eterno rebelde al desorden establecido por ansias nunca saciadas de un orden alternativo.

Como dice Carlos Caballero, prologuista de la obra (otro lúcido raro —éste, afortunadamente vivo por el momento—), solamente un talante como Cuadrado Costa podía interpretar a fondo el pulso de Ramiro Ledesma. Una vez más amigo Carlos, tienes toda la razón.

[Reseña publicada en la revista *El Corazón del Bosque*, nº 10, primavera - verano 1996, p. 22 – 23]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 57